

Núm. 3.

JUEVES 8 DE OCTUBRE.

Conclusion de la Píldora I.

En una de las vueltas pude leerle una targeta que en el reverso traía con esta inscripción: Yo soy la fachenda. Empezó un desconcierto infernal que desgala- zaba los oídos por la confusión de cencerros, pitos de ca- par, castañetas y almiércoles; y la muger entre quiebros y menços á destelarañar su gañote con lo que inferí que habia cantado, y así sentándome bien aguzé las orejas, y ella escupió esta tonadilla.

Alerta, alerta, pueblo Sevillano
Que te van á engañar ¡ dolor insano!
Con capa de piedad mal entendida
Los que intentan mamarse buena vida.
No os dexéis seducir de sus acciones,
Y dexad de una vez *preocupaciones.*

La agricultura, la policía, la población
Destruye lo que llaman Religion.
Recotin, recotan, cotan, coton.

Yo tengo un Jovencito
muy puldrito,
currutaquito;
muy aseado,
y afrancesado,
que exóritara.
á arrancar, á romper, á cortar
todas *preocupaciones* de par en par.

COPLAS.

Embutida yo en sus sesos,
y él con la piedad odiado
eructa *preocupaciones*
y está todo preocupado.

Estribillo.

Con tono osado

rabia canina
brota, y destila,
biel y alquitran:

recotin, retintin, coton, cotan.

Habla con pleito perdido,
y así lo envoca à sopapos,
y sobran las desverguenzas
à donde falta lo sabio.

Con tono osado, &c.

Por el padrasto de un dedo,
deduce que el cuerpo es malos
sin ser malo el cuerpo suyo
aunque tiene tal padrasto.

Con tono osado, &c.

Otra iba à escupir, quando sale un viejecillo como el que me sopló las píldoras, y repartiendo muertos sobre quantos vivos habia en el tablado no quedó titere con cabeza. Todo se hundió por un escotillon, del que saliendo un humo espeso y azufroso, nos apesó el protocolo de las ideas, de forma que echamos al diablo la funcion. Quando íbamos à levantarnos, juzgándola concluida, con las escasas y extenuadas luces que habian quedado, vimos salir un venerable anciano tan indecente y mal vestido, que no cambiaria con él la camisa, ni calzones aunque me hubièran dado encima doce quartos; y arrojando unas miradas como de hombre apuntado à camorra sobre M. L. C. que aun patalcaba entre los vastidores, dixo con furor:

¿Hasta quando ¡oh Catalina! has de abusar de nuestra paciencia? ¿Quièn te ha dado vela para este entierro, ni te ha hecho procurador de pobres? Dexa al sabio gobierno que determine quanto quiera sobre los frayles, y no seas tu el que nos agues nuestra satisfaccion. Si confiesas que no sabes *las leyes que han de regir en la materia*. ¿Cómo acusas de pecado un deber que les impone la Religion, y haces un crimen el feno de sus obligaciones con mas desverguenzas que palabras? El mismo Voltaire tiene mas miramiento que tu; y tu... ¡me aver-

11
guenzo! ¡me lleno de ronchas, escarlata y sarampión!
Tu como otro Bruto ensangrientas tu puñal ó lengua, en
el pecho del Julio que te crió? ¡oh tiempos! ¡oh costumbres!
¿Que sabes tu en qué consiste la despoblacion que
tanto vociferas? Quita las Américas y verás como es for-
zoso caminar á cabrito; ó que unos á otros nos llevemos
á cuestras para andar por las calles si hemos de caber; y
acaso quedarán pegadas por las esquinas virutas de pe-
llejo. Trae de las Américas quantos individuos hay de
España con sus hijos y nietos, y pensaremos que han toca-
do á juicio; y que subiendo todos los del reyno de Plu-
tón vienen a este suelo español porque Radamanto, y
Minos los llama para ponerles las peras á quarto.

Lo mismo digo de ese número de frayles que te
parece tan excesivo. Nada tengo con ellos, pero soy el
verdadero Mérito, y por eso hablo así. ¿Qué Parroquias
te imaginas que habrá en toda España? Y ¿quantos mi-
nistros se necesitan para que estén mal servidas? Esta
cuenta deberias haber tirado antes de ponerte á escribir,
si tratabas de despreocupar, como dices, y no habla la
envidia por tu boca, el resentimiento ú otra negra pasion.

Las Parroquias de las Españas pasan de treinta mil,
ponles á cada una tres sacerdotes, que son nada, para
sus feligreses, y necesiramos mas de noventa mil sacer-
dotes, para que confiesen una vez en el año, y se mue-
ran muchos sin confesion, y sacramentos, como se espe-
rimenta á menudo en esta ciudad desde que faltan los
Conventos.

¿No ves el beneficio que ha resultado á Sevilla de no
tener frayles? No ves lo que han dispensado de contri-
buciones los bienes de los Regulares? ¿Dexaban por eso
de sacarnos los redaños, y la cerilla de los oídos? Con-
tribucion por resollar, contribucion por hablar, contribu-
cion por fumar, y contribucion hasta por mear detras de
una esquina. ¿Y qué destino han tenido estos bienes na-
cionales por mal nombre? Engordar quatro pícaros, pagar
estupros, comprar adulterios, y comerciar con mugeres
como con nabos.

Y si estuvieran en manos muertas, ¿no estarían siempre á disposición del estado para sus urgencias, despues de haber sustentado tantos centenares de Religiosos, sus criados y sus familias? ¿Hubiéramos visto tantos esqueletos con capa y sombrero en el invierno pasado, y tantos pegando rumbos por esas calles, si Cartuja hubiera existido? ¿Se ha olvidado ya el frigo, la cebida y el dinero que en el momento feliz de la revolucion de esta Capital dió este Monasterio, sin contar la tropa que vistió, armó, y sostuvo, sin dexar de mantener mas de trescientas familias, que se sostenian en las haciendas, y dicho Monasterio? Ciudad de Sevilla habla tu; publica tu Triana quanto debes á los Cartujos, y lo que recibistes de esas manos muertas (que quieren cortar ahora) en tiempos de epidemia, y arriadas. Però esto es hilar muy delgado, y frioleras que no se deben reparar. ¡Ah! sino temiera que afrontado de haber puesto tu boca en lo mas sagrado de la Iglesia de Dios; y haber insultado con las desverguenzas á chaparrones, un estado tan respetable, te haria ver mas; te ajustaria la cuenta de las entradas y salidas de los caudales de las Religiones, y del origen de ellos; te haria ver, que en los siglos barbaros permaneciò en los claustros el templo de Minerva; que la agricultura, la filosofia, las artes todas así mecánicas, como liberales, (pero no como tu eres) se las debemos al claustro. Te haria ver que esos frayles que *asaltan los graneros y bodegas* mantenian en sus claustros inmensidad de desvalidos; y despues de sostenerse ellos como Jesucristo manda á los suyos, y á imitacion de los Apóstoles, esto es, mendigando; tenian comida para dar limosna á centenares de pobres, que por no haber Hospicio en un pueblo tan culto y vasto como Sevilla, robarian á su padre por comer, si en las porterías no encontrasen auxilio. Te haria ver . . . En esto suena un espantoso trueno, temblò todo el teatro, todos desaparecieron, y yo me encontré en la puerta de mi casa con la caña de pescar en la mano mirando á todos lados sin saber lo que me pasaba.

EN SEVILLA : POR D. ANTONIO CARRERA.